



LA CAZÁ DEL GATO MONTÉS, POR PAHISA

bambú, y con espinas toda clase de flechas, que penetran en la piel del animal tan profundamente como la bala de la mejor carabina. Generalmente estas flechas han sido bañadas con el terrible veneno *urari* ó *curare*.

La manera más segura para los indios de cazar el jaguar es hacerse acompañar de perros. La fiera perseguida se encarama á un árbol, y el indio puede lanzarle, á su sabor, algunas flechas envenenadas. El jaguar que tiene en el cuerpo clavadas algunas flechas emponzoñadas, cae exánime en el suelo, donde espira en breve á los pies del cazador.

La manera de cazar más peligrosa para los indígenas, es arrollarse una piel de carnero hasta encima del codo, y la mano derecha armada de un cuchillo ó puñal de unos 66 centímetros de longitud, y dirigirse en busca del jaguar, seguidos de dos ó tres perros.

El jaguar, atacado por los canes, se revuelve furioso, defendiéndose contra sus enemigos. El cazador, á su vez, provoca á la fiera con la voz y con el gesto. De repente el jaguar se lanza hacia él, se yergue, como el oso, sobre sus patas traseras, y abre su gola y rugie. El indio adelanta su brazo cubierto, ladea su cuerpo hacia la derecha, y hunde el cuchillo en el flanco izquierdo de la fiera.

El jaguar, herido, cae en el suelo, y los canes se lanzan sobre él. Si la herida que ha recibido la fiera no es mortal, se levanta rápido como el rayo, se desembaraza de los perros y se echa segunda vez sobre su adversario, que le recibe con el cuchillo en la mano.

Rengger dice que conoció á un indio, originario de un villorrio, apellidado Bajada, que había dado muerte con el puñal á más de cien jaguares.

Goriag refiere con vivos colores la historia de un gaucho, conocido con el nombre de *Matador de tigres*, á causa del número de jaguares que había cazado.

El mismo Rengger afirma que existen indios que atacan y luchan con el jaguar, armados de una simple maza. Gran fuerza y pericia necesitan aquellos hombres para acabar con un animal de vida tan dura.

En el Paraguay hemos visto cazar el jaguar de la siguiente manera: un buen tirador, acompañado de dos hombres armados, uno con una lanza y otro con una horquilla, de dos dientes, de 5 pies de longitud, seguidos de algunos perros, se dirigen al encuentro del jaguar. La fiera, que ha entrado ya en liza, suele huir al oír los primeros ladridos; pero si no, se defiende ó trepa á lo alto de un árbol.

Los perros se agrupan en círculo frente de la fiera, y casi siempre salen maltrechos ó muertos del comba-

te. El jaguar, de una manotada, rompe fácilmente la columna dorsal de los canes, ó les abre el vientre. Veinte valerosos y forzudos dogos no pueden llegar á vencer al jaguar adulto y en pleno desarrollo.

El tirador debe ir en medio; y, si al disparar hiere ligeramente al jaguar, éste se lanza furioso sobre sus enemigos y se levanta sobre sus patas traseras. Entonces el cazador, armado con la horquilla, detiene la fiera, y el que lleva la lanza la hunde en el pecho del jaguar.

En el Paraguay hay cazadores que cogen con lazo al jaguar.

Escena que suspende y maravilla es la de ver un gaucho, á caballo, atisbar al jaguar refugiado en un árbol, lanzarle el lazo y correr á todo galope arrastrando tras de sí á la fiera, estrangulada.

La caza del jaguar con fusil y rifle de dos tiros, cargado con bala cónica, ofrece al hombre civilizado, en su lucha con el jaguar, recursos que el hombre salvaje de las pampas y selvas americanas ha de fiar á su pericia y valor.

En la espesura de las selvas de Sapuosa y Moyobamba, hemos disparado algunos ciertos tiros sobre el jaguar. La caza de esta fiera ofrece peripecias y lances desagradables, pues el jaguar es un animal arrojado y valiente, que cuando acepta el combate lucha con denuedo y no retrocede fácilmente.

En las faldas de los Andes del Perú, cubiertas de bosques vírgenes, los jaguares rondan á veces por la noche alrededor de los villorrios, espiondo el momento de poder robar perros, cerdos y otros animales domésticos. El jaguar no teme al hombre, y se cuentan diferentes casos en que, aguijoneado por el hambre, ha devorado algún indígena.

El jaguar viaja de noche y atraviesa atrevidamente las comarcas más pobladas. Los viejos jaguares, sobre todo, muestran gran predilección por los sitios habitados, porque la experiencia les ha demostrado que allí pueden proporcionarse fácilmente el sustento.

El jaguar es excelente nadador, y su cabeza y su espalda flotan sobre el agua. Así atraviesa el Paraná que tiene una legua y media de ancho. Al salir del agua, mira á su alrededor cautelosamente, sacude todo su cuerpo, y después cada uno de sus miembros, y continúa su camino.

Los cazadores inexpertos quizás creerán que un jaguar en el agua es menos terrible adversario que en tierra. Error grave es este, pues la caza del jaguar en el centro del río y con lancha requiere en el cazador grandes cualidades de marino, y un valor y arrojo á